

▶ NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

LAS TORRES DE QUART. No fue la primera ni sería la última vez que las torres de la puerta de Quart de Valencia servían como defensa frente a algún

intento de invasión. Pero la cruenta batalla de aquel día de junio de 1808 quedó grabada para siempre en las profundas cicatrices que presentan sus

muros. Huellas de una defensa heroica en la que, dada la escasa presencia de militares, todo el mérito fue para los ciudadanos armados.

La puerta de las cicatrices

JOSE LUIS TORMO

Amanecía el 28 de junio de 1808. El ambiente en la ciudad de Valencia era de una calma tensa. Se intuía lo que podía llegar a pasar, conocido el preocupante resultado del último intento por evitar la aparición del ejército francés en el horizonte. Hacía menos de dos meses de los sucesos de Aranjuez que, al concluir con los fusilamientos del 2 de mayo cuya noticia, conocida en Valencia el 23, había provocado el levantamiento del pueblo armado contra el ejército francés a partir del famoso grito de «El Palleter». Retenido el rey Fernando VII en Bayona e instalado el mariscal Murat como jefe máximo de las tropas francesas en España, comenzaron a sucederse los primeros movimientos de resistencia contra los invasores que el propio Napoleón Bonaparte, en principio, no tomó demasiado en serio aunque, pasados unos días y visto que los disturbios proseguían, ordenó a Murat su inmediata represión.

Contando con el enorme contingente que quedaría en reserva en la capital de España, el general Dupont fue enviado hacia Andalucía, el general Bessiéres controlaría desde Zaragoza la cornisa cantábrica y Adriano Jeannot de Moncey, un prestigioso general de cincuenta y tres años, que contaría con el apoyo de una columna de tropas procedentes de Cataluña, se encargaría de aplastar a los revoltosos en Valencia.

Escaramuzas bélicas

Moncey salió hacia su destino el 4 de junio de aquel 1808 al mando de la denominada «división Musnier», un enorme ejército de casi diez mil efectivos entre dragones, húsares e infantería perfectamente pertrechados todos para la acción. Su ruta hacia la capital del Turia no fue ni rápida ni tranquila. Abundaron las escaramuzas bélicas contra ellos pero sus bajas no fueron numerosas. El día 27, en el plá de Quart, con la ciudad a la vista, se produjo un violento encononazo en los alrededores de la ermita de San Onofre cerca de Manises, Quart de Poblet y Aldaya. A pesar de ello, la gran maquinaria francesa aparentó no resentirse y tomando posiciones sucesivas en la Cruz de Mislata, en el convento del Socós, (actual colegio de Jesús y María) y en el de San Sebastián, frente a la puer-

ta de las torres de Quart, esperaron el momento propicio para invadir Valencia. Para entonces, las murallas de la ciudad ya estaban tomadas por más de veinte mil valencianos dispuestos a defenderse al precio que fuera. En las proximidades de las torres de Quart, frente a las cuales se concentraba el ejército enemigo, la afluencia de gente fue incrementándose sensiblemente. Los movimientos franceses eran observados cuidadosamente e interpretados por todos. El ataque de las tropas de Moncey, que un par de días atrás y desde su campamento en la Venta de Buñol ya había dado opción para una rendición sin sangre, no tardaría en producirse.

A las once de la mañana del 28 de junio, desde las murallas y las alturas de las torres de Quart, se pudo observar cómo las avanzadillas de la infantería francesa tenían que detenerse ante el gran foso que, para entorpecer la primera acometida, habían practicado la noche anterior varias docenas de labradores en la calle de Quart «de fora». En ese momento, aprovechando la confusión de las tropas enemigas, se abrieron las puertas de las torres tras las cuales se ocultaba un enorme cañón cargado con pólvora y abundante metralla cuyo primer cañonazo produjo numerosas bajas entre los

soldados enemigos. El encargado de abrir los inmensos portones era un animoso paisano, Juan Bautista Moreno, que a las órdenes del capitán José Ruiz de Alcalá, no sólo se ocupaba de tan pesada tarea sino que recibía y transmitía a los artilleros -que disparaban a ciegas-, las instrucciones de los centinelas sobre la situación y movimientos del enemigo.

Metralla y muerte

La respuesta de Moncey fue inmediata y contundente. Toda su artillería, situada frente a las torres, comenzó a descargar a discreción sobre ellas dejando sus marcas no sólo en la monumental construcción levantada 350 años atrás sino también en los lienzos de muralla que en ella convergían. El combate fue durísimo. Las torres de Quart, que habían quedado sin almenas cumpliendo órdenes de otro general francés -el borbónico Claude d'Asfeld, durante la guerra de Sucesión de un siglo atrás- vieron picoteada su fachada por centenares de impactos, que eran contestados con la apertura, una y otra vez, de sus puertas y con el disparo del cañón que seguía reparatiendo metralla y muerte entre las tropas napoleónicas cuyo número de bajas, en ese punto, comenzaba a ser más que preocupante para los oficiales fran-

ceses.

No tardó demasiado Moncey en darse cuenta de que había caído en una trampa. Varias columnas del flanco izquierdo de su ejército se dirigieron hacia el portal de San José pero una serie de terroríficas descargas de artillería les obligaron a retroceder y regresar de nuevo frente a las torres de Quart. Otro tanto aconteció con las columnas del flanco derecho que pretendieron en vano ganar las puertas del Carbón y de San Vicente. La previsión valenciana les había vuelto a ganar la partida. Estaban totalmente cegadas con gruesos muros recién levantados.

La batalla duró todo el día. La infantería francesa intentó abrir otros pasos para introducirse en la ciudad pero Moncey, a la vista de que no llegaban las previstas tropas de apoyo procedentes de Cataluña, se empecinó en penetrar a través de las torres de Quart en cuyo interior Moreno seguía abriendo y cerrando las puertas para disparar el cañón

que, consumida la metralla disponible, comenzó a cargarse con todo tipo de fragmentos de rejas, balcones y cuanto hierro hubiera disponible en las proximidades para continuar la lucha que, finalmente, concluyó a las ocho de la tarde. Frente a la masacrada puerta de Quart, a esa hora, yacían muertos más de dos mil soldados franceses. El resto de las fuerzas, desparramadas y exhaustas, se retiraron hacia las casas cercanas al convento de San Sebastián esperando órdenes. Una vez más, se equivocaron. Una numerosa y agresiva partida de cientos de lugareños armados, conocedores de la debilidad francesa y de su desconocimiento del terreno, salieron de la ciudad por la puerta de Ruzafa y llegando a los pequeños campamentos diseminados por las huertas atacaron con gran dureza a los allí refugiados.

Esa misma noche, el general Moncey optó por una retirada ordenada al ser consciente de su fracaso. Amanecía el día 29 de junio de 1808. Toda la ciudad fue un grito unánime de alegría cuando don Carlos Pedro Tupper, un inglés residente en Valencia donde ejercía como cónsul de Dinamarca, que desarrollaba funciones de vigía en lo alto del Micalet, comunicó a todos que el ejército francés huía.

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

Polo y Peyrolón

J.L.T.

El excelentísimo señor don Manuel Polo y Peyrolón autor, entre otras docenas de obras literarias, de la tendenciosamente titulada *La intervención de la masonería en los desastres de España*, nació en Cañete (Cuenca) en junio de 1846. Estudió derecho y filosofía en Valencia y en Madrid. A los 24 años inició su carrera docente en Teruel donde enseñó rarezas como Psicología, Lógica y Ética durante casi nueve años antes de regresar a Valencia para iniciar sus pinitos en política. Adscrito al partido carlista y tenaz divulgador del tradicionalismo católico, solía enfrentarse sin complejos a quienes no pensaban como él, que eran muchos, a través de sus polémicas periodísticas mientras proseguía sus enseñanzas como catedrático de instituto en Valencia, desparramando un poquito sus prioridades intelectuales. Mientras escribía textos sobre filosofía para estudiantes y novelas costumbristas e incluso se adentraba en el mundo del excursionismo con su celeberrima obra *Costumbres de la sierra de Albarracín*, se permitía teorizar sobre las grandes controversias de la época -finales del siglo XIX- con un ensayo titulado *Contra Darwin; supuesto parentesco entre el hombre y el mono*.

Nunca debió hacerlo. Por esa época -1879-, había conquistado la amistad de don Marcelino Menéndez y Pelayo, uno de los grandes referentes intelectuales del momento, que quedó encantado ante la devoción que le manifestaba el joven Polo, filósofo metido a político. Desgraciadamente una carta de advertencia de la escritora Emilia Pardo Bazán puso en guardia a don Marcelino. Tal misiva concluía con un tremendo «Ojo avizor con este pirata, que no será la única fechoría que denuncie...» El pirata era Polo y Peyrolón y el motivo de la indignación de la Pardo Bazán no era otro que la evidencia de plagio. Parece ser que párrafos completos del *Supuesto parentesco...* habían sido copiados sin miramientos por don Manuel de artículos previamente publicados por doña Emilia. Ahí acabó la amistad entre ambos intelectuales pero no la carrera pública de Polo que fue diputado en el Congreso por el partido Carlista e incluso senador a partir de 1907 en cuya actividad, en abril de 1918, le sorprendió la muerte en Valencia.



Los innumerables impactos de las torres de Quart en Valencia.

EL MUNDO

1808 06 82 90 8081